

JUAN

Como ocurre siempre que se tiene prisa, la cola serpenteaba interminable frente a la caja del pequeño supermercado del barrio. Yo suelo comprar en los hipermercados, pero esa mañana quise sorprender a mis amigos preparándoles un arroz con leche y en casa solo tenía arroz *brillante*, que no sirve para postres y leche desnatada, bastante insulsa para este fin, así que el supermercado de la esquina me pareció una opción adecuada.

Tras unos momentos de desasosiego y rabia, me di cuenta de que mi enfado no aligeraría mi espera ni obraría el milagro de hacer desaparecer la cola que me precedía. Suspiré con resignación y mi vista se perdió en ninguna parte hasta que —no sé cómo— se quedó fija en alguien absolutamente anónimo que había justo delante de mí. Bueno, más bien en una vieja chaqueta, de color verde oscuro, de esas que se tejieron hace mucho en largas tardes de invierno y que duran toda la vida. Era un hombre mayor de pelo corto, escaso, grisáceo, casi blanco.

Trataba de imaginar su cara —por ocupar un poco el tiempo, simplemente— cuando un crío que andaba correteando tropezó con él. El anciano se giró un poco y acarició levemente la cabeza del niño. Vi sus cejas pobladas, sus ojos claros que quizá fueron azules en otro tiempo, pero que casi habían perdido el color y aprecié una de esas sonrisas que se expresan con la mirada. Era un hombre afable, desde luego. Casi sin darme cuenta, me sorprendí imaginando su vida, inventando una historia para él —por entretenarme, nada más.

La cesta pesaba y la dejé en el suelo. Había ido a comprar solo leche y arroz, pero el chocolate estaba de oferta: 3 x 2, los refrescos tenían un descuento del 50% *en la segunda unidad*, con las latas de bonito regalaban una preciosa fiambreira de plástico y no pude resistir la tentación de coger aquella bolsita de aseo con dos botecitos de crema solar en miniatura que eran una monada.

Miré el reloj y volví a suspirar. Sin querer, mi vista se posó de nuevo en aquella vieja chaqueta que cubría una espalda un poco encorvada. Pensé que aquellas prendas más que con lana se hacen con cariño, que ese es su

secreto. Me pregunté quién la habría tejido, cuándo y dónde. Recorrió despacio la silueta del anciano. Pensé en cómo sería su casa, su familia, su pueblo... Me hubiera gustado escucharle contando alguna de esas anécdotas que narran tan bien los abuelos. Estaba segura de que escondía una de esas vidas anónimas, sencillas, llenas de avatares, que han sido capaces de superar la criba del tiempo y que realmente valen la pena.

De repente, le escuché dando los buenos días a la cajera y depositando suavemente sobre la cinta transportadora una barra de pan pequeña, un paquete de arroz y una caja de leche; productos de esos que son más baratos que los de oferta, más baratos que los de marca blanca, de esos que apenas tienen nombre y que hay que agacharse para recogerlos de una estantería muy próxima al suelo. El anciano sacó una bolsa de plástico primorosamente doblada y buscó dos monedas en una raída carterita negra casi vacía. "Un euro con cuarenta y nueve" —le decía la cajera.

La señora que estaba detrás de mí en la cola me dio un golpecito en el hombro para indicarme que era mi turno y yo, aún un tanto confusa y absorta, cogí mi cesta —que me pesó tanto— para poner mis cosas —que me parecieron tantas— sobre la cinta transportadora, mientras miraba de reojo a aquel hombre que salía ya del supermercado.

Caminé tras él una vez en la calle. Me sentí injusta sintiendo lástima y, mientras contemplaba su andar pausado, me di cuenta de que, por encima de todo, lo que realmente había despertado en mí era ternura.

Sentí la tentación de acelerar el paso, de acercarme a él, preguntarle su nombre. Pero ¿qué derecho tenía yo a invadir su intimidad? ¿Quién era yo para robarle su anonimato?

El anciano miró hacia un lado antes de cruzar la calzada y sus ojos se cruzaron con los míos. Se dio cuenta de que yo le miraba y me respondió sonriéndome con su mirada.

Seguramente se llamaría Fortunato, Crescencio o cualquier otro nombre de esos tomados del santo del día, pero yo lo llamé Juan porque me gusta llamar Juan a esos entrañables protagonistas de la vida a los que quiero y admiro.

de Juanes